

Tercer Premio de Relato Héctor de la Fuente Pita “Papirotopía”

- Si doblamos un papel por la mitad obtenemos una figura que tiene la mitad de superficie de plano pero que ha duplicado su grosor. Si una vez doblado nuestro, digamos folio, por la mitad lo doblásemos una segunda vez, por su nueva mitad, obtendríamos una figura que es cuatro veces menor en superficie que la primera pero que ha cuadruplicado su grosor. Repetir este proceso una tercera vez haría, de la nueva forma, algo con un octavo menos de la superficie inicial y ocho veces más grueso que ésta.

- Así, este proceso atendería a una secuencia de números como la que sigue, donde el exponente indica el número de pliegos realizados sobre la superficie inicial:

$$2^1 \ 2^2 \ 2^3 \ 2^4 \ 2^5 \ 2^6 \ 2^7 \ 2^8 \ 2^9 \ 2^{10} \dots 2^n$$

- Aumentando el grosor del folio a razón del doble en cada paso y dando un grosor a la hoja de, pongamos, la décima parte de un milímetro, tenemos que:

$$2^1 \rightarrow 0,2 \text{ mm de grosor}$$

$$2^2 \rightarrow 0,4 \text{ mm de grosor}$$

$$2^3 \rightarrow 0,8 \text{ mm de grosor}$$

$$2^4 \rightarrow 1,6 \text{ mm de grosor (con cuatro dobleces es más de diez veces mayor)}$$

$$2^5 \rightarrow 3,2 \text{ mm de grosor}$$

$$2^6 \rightarrow 6,4 \text{ mm de grosor}$$

$$2^7 \rightarrow 12,8 \text{ mm de grosor}$$

Tercer Premio de Relato Héctor de la Fuente Pita “Papirotopía”

$2^8 \rightarrow 25'6$ mm de grosor

$2^9 \rightarrow 51'2$ mm de grosor

$2^{10} \rightarrow 10'2$ centímetros de grosor

- Después de sólo diez dobleces nuestra hoja de 0'1 milímetros tiene un grosor 1000 veces mayor y ya abulta un decímetro de ancho. También su superficie es mucho menor, claro, esto hace que sea muy complicado seguir doblando la hoja. Después de todo sólo es un caso hipotético, pero sucede que si continuásemos doblando la hoja seguiríamos creciendo exponencialmente en grosor. Si tenemos en cuenta que la distancia de la Tierra a la Luna es de 384.500 km (que equivale a treinta diámetros terrestres, por cierto) y según la anterior sucesión, tenemos que:

$2^{43} \rightarrow 439.746'56$ km > 384.500 km \rightarrow *Distancia Tierra-Luna*

- Para un grosor del pliego de papel inicial de 0'1mm resulta que, si consiguiésemos doblar nuestro papel 43 veces, ¡podríamos llegar de la Tierra a la Luna subidos sobre nuestra hoja de papel doblado!

Al terminar su explicación sobre la magnitud de los números exponenciales Severino Gracia miró al alumnado que expresaba una familiar mueca de asombro e incredulidad.

A decir verdad, el alumnado se reducía a seis chicos de entre diez y doce años. Severino no consiguió trabajo en su Madrid natal, del que nunca

Tercer Premio de Relato Héctor de la Fuente Pita “Papirotopía”

había salido, por ello, desesperado, buscó un empleo en las provincias. Para Severino la espada de Damocles, en forma de embargo, pendía sobre su cabeza del fino hilo que suponía un empleo de maestro en un pueblo con media docena de niños en edad escolar.

El pueblo en cuestión respondía al nombre de Villanueva del Vallealto y se encontraba en las tierras de Cuenca. Si Severino contemplaba el amanecer de aquel pueblo veía montañas calizas verdeadas de pinos y enormes pájaros en el cielo pero, si contemplaba el atardecer, se extendía infinito ante sus ojos el perturbador desierto manchego de ordenados olivos. Tal era el lugar donde llegó Severino Gracia, hacía un mes.

Severino era hombre de marcada pasión laboral que nunca se había enfrentado a la vida que existía más allá de Atocha, fuera de la protección de la poluta burbuja naranja que encierra a Madrid por las noches. Al principio, desprovisto de los servicios urbanos, creyó vivir en la edad media, pero pronto se adaptó. Acostumbraba a dar largos paseos matinales por los alrededores del pueblo, donde podía respirar hondo y contemplar el paisaje sin que nadie lo escudriñase a él. Los girasoles le llegaban hasta el pecho, centenas de pájaros cruzaban el cielo y, según decían allí, estos hechos marcaban el inicio del otoño.

Una de estas mañanas cualesquiera, Severino vio algo que no había visto hasta entonces: junto al pinar, grande como los árboles mismos, se levantaba un soberbio coloso metálico. El señor Gracia se apretó fuertemente

Tercer Premio de Relato Héctor de la Fuente Pita “Papirotopía”

los ojos para burlar aquel espejismo que le planteaba su cerebro de ciudad. Tardó un rato en volver a diferenciar los colores y las formas pero, cuando eso sucedió, el gigante férreo seguía allí.

Cuando uno ve un titano no se pregunta nada, sólo observa el prodigio en silencio. Tenía una forma casi humana, con largos brazos articulados y fuertes cuartos traseros que sostenían las muchas toneladas que debía pesar. Severino solo salió del pasmo en el momento en que la máquina despertó de su letargo con un estruendoso bufido de combustión que le dio energía suficiente para barrer varios árboles con sus brazos hidráulicos.

El maestro dio numerosos traspiés mientras corría de espaldas de vuelta al pueblo. Cuando perdió de vista al engendro mecánico fue en busca de algún lugareño que mejor supiera dar explicación al fenómeno, pero fue inútil, y es que es muy difícil alterar a un anciano que ha contemplado el paso de los años sentado siempre en el mismo banco. Termina uno por haber visto de todo y, claro, ya no se atiende a la actualidad, que no es sino una burda copia del pasado.

- Algo han estado haciendo, sí –concedía a Severino uno de los más viejos-. Por ahí por el pinar me parece a mí haberlos visto, sí...

Severino Gracia aún no estaba seguro de lo que había presenciado y, todavía alarmado, corrió al bar en busca del alcalde Tomás Valiente. Pudo encontrarlo alargando el brazo hacia el suelo para leer un cuaderno (pues se

Tercer Premio de Relato Héctor de la Fuente Pita “Papirotopía”

negaba a usar las gafas) mientras sostenía con la otra mano una jarra de cerveza.

Si el madrileño conocía a alguien en aquel pueblo, ese era el alcalde Valiente. Éste había contactado con él antes de que llegara y le había ofrecido, sin coste alguno, una casa humilde pero acogedora. En el tiempo que llevaban tratándose, los dos mantenían una relación cordial. Valiente comprendió pronto a qué se refería el maestro con lo de que “un coloso mecánico habitaba el pinar del pueblo” y, al advertir su sorpresa, replicó:

-¿Cómo? ¿¡No se ha enterado usted!?

Severino, que buscaba desesperadamente alguna respuesta, miraba ahora atento a los ojos pequeños y entrecerrados del alcalde.

- Pues verá, -continuó el alcalde- este pueblo tiene bastante dinero y recursos naturales... no tenemos mucha población, pero sí dinero. Los cuartos deben servirnos para hacer que este sitio vuelva a aparecer en los mapas, ¿me entiende usted?
- No, la verdad –confesó Severino, que seguía esperando una explicación al fenómeno de los brazos hidráulicos-
- Cuando el chico me contó aquello que usted le había dicho de los números existenciales...
- Exponenciales –corrigió el maestro con poco éxito.

Tercer Premio de Relato Héctor de la Fuente Pita “Papirotopía”

- Me dijo –continuaba Tomás Valiente- que si lográsemos doblar un papel cuarenta veces llegaríamos a la luna, y entonces me dije: “¡jodo!, ¿no se le ha ocurrido a nadie antes?”

El señor Gracia ya no podía tolerar ni un segundo más de majaderías y elevó su voz para replicar con energía a Valiente:

- ¡Es que eso es imposible! Por eso no se le ocurre a nadie. Y, ¿quiere decirme qué diantre fue aquello que vi?
- No, hombre -replicó Tomás-, es imposible con un folio que se te queda en nada con seis dobleces que le hagas. Y que eso es muy fino, muy fino. Si fuese más grueso tardaríamos menos, así que yo me eché mis cuentas...

Severino ya no hacía caso al suceso de hacía unos minutos, sino a la absoluta incomprensión que, de aquellas cuentas, tenía el alcalde.

- Independientemente del hecho de que no existen papeles gigantes y gruesos, está el problema de que, a cada doblez, su papel tiene la mitad de superficie...
- Por eso que no existen –interrumpió Valiente- es que estamos fabricándolo. ¿Lo entiende?

Tercer Premio de Relato Héctor de la Fuente Pita “Papirotopía”

Severino Gracia comprendió súbitamente la verdad más estrambótica a la que jamás habría de enfrentarse: ¡el pueblo pretendía construir una imposible torre de Babel!

Valiente se entusiasmó con los detalles de la operación, a cada cual más absurdo que el anterior. Severino ya no miraba los ojillos del alcalde ni conseguía escuchar todo lo que éste le decía. Por lo visto, el pueblo había decidido talar el vasto pinar para generar más espacio donde extender el macro-pliego de papel que pensaban fabricar con toda la madera cortada, hecho este al que Tomás se refirió como “reciclaje”. El monstruo que había avistado en el campo de girasoles era una máquina estrafalaria que debía servir tanto para talar, como para manipular el enorme pliego una vez fabricado. Al parecer la habían importado desde Ucrania, o algún lugar parecido. Incluso había pedido colaboración a pueblos de más al sur para extender el kilométrico pliego sobre sus llanos terrenos manchegos.

No era Tomás Valiente el único entusiasta local, todo el pueblo vibraba con los preparativos, ajenos a Severino. Los hombres talaban el monte mientras las mujeres fabricaban la pasta de papel, los niños iban y venían con cubos de agua y comida y, cada vez más, el campo se inundó de una actividad frenética. Severino intentó razonar en numerosas ocasiones con aquellos a los que veía más cabales, pero en Villanueva del Vallealto todos parecían consumidos por un virus de insensatez. No querían escucharle y no le escucharon.

Tercer Premio de Relato Héctor de la Fuente Pita “Papirotopía”

Los días que siguieron, Severino hubo de agotar toda su saliva en los oídos de los vecinos que no querían entender aquello que les explicaba, que no veían aquello que era obvio.

El grado de civilización de una persona puede fácilmente medirse por la cantidad de vergüenza ajena que ésta es capaz de sentir al observar a sus semejantes. Severino sentía tanta, que le impedía salir de su pequeña casa al exterior, donde era inevitable el contacto humano. No necesitaba salir porque ya ninguno de los seis niños iba a clase y no necesitaba proveerse de nada, pues ya sólo tomaba café.

Todos en el pueblo habían abandonado sus quehaceres diarios para aportar su granito de arena al proyecto cósmico. Nadie parecía cuestionar ni por un segundo sus extraños propósitos y se dedicaban a ellos con admirable fervor, por otra parte. Una mañana Severino resolvió no preocuparse más porque, más temprano que tarde, se toparían con las leyes del imposible y todo volvería a la normalidad. ¿Es posible impedir a alguien que haga algo imposible? De momento, el maestro sólo podía esperar.

El único lugar del pueblo con cobertura telefónica era la ventana del segundo piso de la casa del boticario. Cuando alguien esperaba una llamada se iba allí a sentarse con su teléfono o le dejaba el celular al boticario para que atendiese el recado. Severino llegó a dejarle el móvil en

Tercer Premio de Relato Héctor de la Fuente Pita “Papirotopía”

un par de ocasiones, pero ahora el boticario nunca estaba en casa, porque era el preparador del astronauta que habría de subir sobre el pliego. El teléfono fijo no daba señal alguna. Por lo visto una tormenta había tumbado la línea dos años atrás, pero nadie llamaba a nadie si podía encontrarlo en el bar con seguridad y, además, los teléfonos celulares (a pesar del primitivo uso que se les daba en Villanueva) habían reemplazado a los teléfonos ordinarios. Así que nadie en el pueblo había exigido que se reparase la línea ni la había echado en falta.

Severino pensaba continuamente en cómo contactar con el “exterior”, pues así se refería mentalmente a todo lugar más allá de aquel pueblo. Incluso diseñó un plan para entrar a hurtadillas dentro de la casa del boticario para hacer una llamada, pero se vino abajo enseguida porque en ningún momento había contemplado la existencia del enorme dogo del boticario. Fue mientras curaba sus heridas cuando Severino se obligó a no volver a pensar en el asunto.

Y, pasado un tiempo, volvió a salir a la calle. Evitaba siempre mirar en la dirección de la torre de papel y paseaba despacio con la mirada caída, los pies llenos de barro y las entendederas cociéndosele al matutino sol otoñal. Un vecino que estaba transportando leña lo vio deambular sin rumbo, haciendo eses por entre los sembrados que aún quedaban immaculados. Preocupado al ver al maestro en ese estado tan extraño, fue a contar lo que había visto al alcalde. Valiente estaba repasando números en el bar con

Tercer Premio de Relato Héctor de la Fuente Pita “Papirotopía”

unos cuantos de sus colaboradores. Cuando escuchó que Severino estaba caminando cabizbajo por las inmediaciones, proclamó:

- Es claro que el maestro se siente triste y excluido del proyecto. Fueron sus palabras las que nos inspiraron y debemos todos contar con él y meterlo de lleno en esta obra que es de todos, y especialmente suya.

Los hombres aplaudieron sus palabras y se apresuraron a buscar a Severino Gracia. Lo encontraron sentado rascándose la cara, al borde del camino de salida del pueblo. Severino se vio arrastrado por el séquito del alcalde y lo dirigieron hacia el pueblo mientras se esforzaba por escuchar lo que decía Valiente:

- No debe usted sentirse apartado del proyecto, querido maestro, fue usted quien lo empezó todo y queremos que forme parte del milagro que aquí va a suceder.

Hasta ese momento Severino nunca se había sentido culpable del despropósito, que empezaba a tener visos de convertirse en un desastre bíblico. Tomás balbuceaba noticias y avances del “proyecto”, pues así se refería siempre al trabajo comunal del pueblo. El maestro, confuso y cansado, fue conducido al lugar que evitaba mirar a cada instante. Lo que allí vio lo dejó perplejo y sin respiración alguna.

Tercer Premio de Relato Héctor de la Fuente Pita “Papirotopía”

Frente a Severino Gracia no había un pinar, en modo alguno. Los ciclópeos robots de Europa del este no eran ya nada espectaculares, sólo eran las diminutas hormigas que se esforzaban por manipular con correas, garfios, postes y torres metálicas, una enorme montaña de pliego de papel que el mismo Atlas no habría podido sostener sobre sus hombros. De rodillas, Severino elevaba sus ojos ante una imposible torre de papel doblado que tapaba el sol por completo. Esas gentes habían prensado un papel de al menos un metro de grosor y lo habían extendido a lo largo de kilómetros y kilómetros para dar vida a una quimera de dobleces metódicos y titánicos. ¿Cuántas veces habían doblado aquella monstruosidad que todavía tenía varias hectáreas de ancho? ¿Ocho veces? ¿Acaso alguna vez más? Ningún hombre en la tierra había visto nada igual y ninguno podría imaginarlo y, por esto, el sólido racionalismo de Severino hacía aguas.

- ¡Qué demonios están haciendo!, - estalló Severino- ¡no se dan cuenta de que no es posible llegar a la Luna doblando un papel! Nadie puede doblar más de doce veces un folio, ¿qué pretenden hacer ustedes?

- ¡Pero hombre! –se defendió el alcalde-, ya sabemos que no se puede llegar a la luna con estos medios de que disponemos nosotros. Hemos fijado nuestro objetivo en colocar un hombre orbitando la tierra subido en una plataforma de papel de unos 20m² de superficie. Tiene que pensar que los americanos necesitaron nueve programas “Apollo” para poner un hombre en la Luna, y eso que ellos ya habían pasado por muchos años de carrera espacial...

Tercer Premio de Relato Héctor de la Fuente Pita “Papirotopía”

- ¿Pero cómo espera poder orbitar la tierra subido en un trozo de papel doblado?
- ¿Se ha fijado usted, -respondió Valiente a Severino- en que el papel doblado tiende a desdoblarse? Pues nosotros esperamos que, cuando soltemos el pliego de papel mañana, se eleve tres o cuatro veces más alto: suficiente para poner un hombre allá arriba. ¡Un hombre de Villanueva del Vallealto!

Severino estaba tan aturdido por los disparates del alcalde como por las inconcebibles dimensiones del “proyecto”. Corrió hacia atrás, extendiendo sus brazos y agitándolos al tiempo que tildaba a sus vecinos de “insensatos” a voz en grito. Nadie salió tras el maestro, pues había mucho que hacer allí para el día del lanzamiento que, como había dicho Tomás Valiente, sería dentro de veinticuatro horas.

Aunque Severino sólo había conducido un vehículo durante el tiempo que pasó en la autoescuela y a pesar de no sentirse nada cómodo en un coche, ahora necesitaba uno. Alguien lejos de aquel lugar podría venir a poner freno a la locura en que estaba inmersa la localidad. El señor Gracia no llevaba mucho tiempo en el pueblo pero ya sabía mucho de las cotidianas y confiadas vidas de los lugareños, por ejemplo, sabía que el apicultor nunca quitaba las llaves del contacto de su camioneta.

Si era mayor el crimen del apicultor, trabajar en una torre de papel, o el de Severino, robar el coche del apicultor para intentar desmontar la torre de

Tercer Premio de Relato Héctor de la Fuente Pita “Papirotopía”

papel, es algo que no preocupó entonces al nervioso maestro. Aceleró fuerte y se dirigió hacia la carretera de salida del pueblo decidido a poner fin a la locura que estaba viviendo. Salió por el camino por donde había estado paseando hacía un rato cuando fue secuestrado por la turba, se alegró de estar lejos de sus garras.

La diosa Fortuna no había terminado todavía con Severino Gracia: a dos kilómetros del pueblo la carretera estaba cortada. Un camión de pinos había caído en un socavón tremendo que se había formado seccionando la carretera. La tierra de debajo de la calzada debía haber sido arrastrada por corrientes de agua subterráneas que podrían haber actuado gracias a la masiva tala del pinar, que se hallaba más alto que el lugar donde Severino miraba con incredulidad. Aquel pueblo era una trampa sin salida, y mucho más para el urbano Severino Gracia.

Cuando más desesperado se sentía, recordó que había un camino de arena que llevaba a otro pueblo cercano, aún menor que Villanueva del Vallealto. No recordaba el nombre del pueblo, pero sabía que tenían alguna rivalidad con sus vecinos regionales y que no tenían ayuntamiento, pues eran pedanía de Villanueva. Así que Severino se aferró al clavo ardiente del diminuto pueblo que existía en lo alto del monte que comenzaba en Villanueva.

El camino de arena era, más bien, una senda pedregosa que hacía crujir a cada segundo la camioneta destartalada del apicultor. Severino sabía que con ese cacharro, con tan poca gasolina y con sus nulas habilidades al volante,

Tercer Premio de Relato Héctor de la Fuente Pita “Papirotopía”

pronto se quedaría tirado. Mientras se tragaba un bache tras otro, pensaba en la gigantesca pirámide de papel, en los robots gigantes, en las esforzadas y confiadas gentes de Villanueva del Vallealto que, no contentas con atentar contra las leyes de la naturaleza, además concedían todo el mérito a Severino.

Parte de la confusión que pasaba entonces por la cabeza del maestro estaba siendo producida por el montón de humo negro que inundaba la furgoneta por segundos. Severino no se desmayó por el abundante gas tóxico que llegaba a él por negligencia del antiquísimo tubo de escape del vehículo, cuando se dio cuenta, miró hacia la parte trasera del vehículo. Fue entonces cuando estrelló la reliquia sobre ruedas contra el único pino que había junto al camino y que, bien mirado, lo salvó de caer al vacío de los cortados. Severino atravesó el cristal, se golpeó contra el árbol y quedó quieto sobre el capó del coche. El gas oscuro escapaba del coche por el agujero que había hecho al salir despedido por el parabrisas.

Severino estaba consciente y a salvo. Se arrastró lejos del automóvil para respirar bien. Al menos se había fracturado un par de costillas, también tenía un corte en la cabeza y no tenía ya mucho tiempo para llegar al pueblo vecino y regresar a Villanueva antes del “lanzamiento”, si es que tenía que volver a pie.

Pasó más de una hora caminando despacio, cuesta arriba, por entre piedras y culebras, con dolor de cabeza y sin ganas de continuar su viaje. Quería sentarse y quedarse tranquilo, hasta desmayarse incluso. Agotó toda su

Tercer Premio de Relato Héctor de la Fuente Pita “Papirotopía”

vitalidad mientras subía despacio y, cuando estaba a punto de dejarse caer, vio en el camino un rótulo de localidad que rezaba “Castillejo de la Sierra”.

Aquel fue el primer respiro que Severino tenía desde hacía muchas horas. Un par de mujeres con pañuelos en la cabeza y delantales puestos lo encontraron a la entrada y lo llevaron a una casa muy pequeña y húmeda donde le curaron sus heridas y le dieron caldo, queso y vino. Ellas no aceptaban un no por respuesta y el señor Gracia necesitaba de veras aquel breve reposo antes de continuar su cruzada.

Después de la cena fue a verlo el alcalde pedáneo de Castillejo, un hombre con bigote espeso y cejas gruesas que ofrecía una apariencia afable, casi cómica. Salieron de la diminuta casucha, donde hacía más frío que en el exterior, para encontrar una luminosa noche de luna llena. Severino miraba al satélite que resplandecía redondo y mágico, ¿cuántas locuras no habría inducido a los hombres a lo largo de los tiempos?

Severino, más tranquilo, comenzó su crónica de los sucesos de Villanueva del Vallealto. Don Lucas, pedáneo de Castillejo, lejos de contrariarse, cortó a Severino diciendo:

- Estamos perfectamente enterados de las intenciones de Valiente. Y estamos indignadísimos, pues en ningún momento ha buscado nuestra colaboración, sino que ambiciona alcanzar este éxito en solitario. ¿A qué viene ese egoísmo con su pedanía? ¿Tantísimo nos desprecia?

Tercer Premio de Relato Héctor de la Fuente Pita “Papirotopía”

Severino, que pronto comprendió que algo no iba bien, se apresuró a calmar a don Lucas:

- No, por favor, no es eso. El proyecto de Villanueva del Vallealto es un completo sinsentido que carece de pragmatismo alguno. Lo que yo quiero...
- ¡Eso está claro! –interrumpió don Lucas-, nosotros no tenemos tierras ni dinero, ni siquiera tenemos ayuntamiento... pero somos muy superiores en ingenio y ¡no quedaremos atrás en esta carrera espacial!

El pedáneo empujó un poco a Severino para acercarlo al borde del mirador donde se encontraban. Extendió su mano hacia abajo donde Severino vio un nuevo imposible que hacía estéril el durísimo viaje a Castillejo de la Sierra. Debajo de ellos, en el pequeño y hermoso valle que poseía este pueblo, una docena de aviones de papel de hasta diez metros de envergadura resplandecían al brillo de la luna. Uno de ellos, como un ala delta, aterrizaba entonces en la pista cayendo sobre una gigantesca red.

- El modelo que ahora ve, puede transportar a un ocupante y cruzar los llanos manchegos a velocidades cercanas a los 7km/h, -decía entonces el poco coherente caudillo de Castillejo- con vientos favorables incluso más.
- Yo venía buscando ayuda para evitar el desastre que acaecerá mañana cuando los vecinos de Villanueva terminen su proyecto pero, en lugar de

Tercer Premio de Relato Héctor de la Fuente Pita “Papirotopía”

auxilio, he encontrado un grupo de imitadores rivales tan dementes como aquellos de los que escapé –intervino Severino, que estaba ya aprendiendo a asimilar este tipo de traumas-. ¡Debajo de esta montaña se levantan las puertas del mismo averno!

- ¿Mañana van a terminar su torre? ¿Mañana?

Don Lucas, como el alcalde Valiente, prestaba atención exclusiva a aquello que quería oír. No le fue difícil a Severino escurrirse de aquel lugar porque el alcalde de Castillejo de la Sierra se había puesto nervioso e intentaba localizar a gritos a algunos de sus vecinos.

Aunque pueda parecer poco prudente, Severino salió del pueblo siendo medianoche con la intención de caminar hasta Villanueva del Vallealto. Este pueblo estaba en lo alto de la montaña, más allá no había nada y todo el mundo, de entre dos locos, elige al que ya conoce. En cierto sentido, Tomás Valiente tenía razón: Severino formaba parte del proyecto y de la localidad de Villanueva del Vallealto. Así que descendió el camino pedregoso con la esperanza de llegar al pueblo antes del mediodía, aunque ya no podía hacer nada salvo estar allí con sus vecinos y averiguar cómo terminaba aquello.

A Severino lo despertó la humedad y el frío que sentía. Era de mañana y estaba encogido contra una encina, el cansancio hizo mella en él y le impidió continuar su viaje nocturno. Durante un breve instante fue feliz sin

Tercer Premio de Relato Héctor de la Fuente Pita “Papirotopía”

recordar nada sobre el pueblo o las razones que le habían hecho dormir a la intemperie en pleno otoño. Cuando cobró conciencia se levantó rápido, ¿qué hora era entonces? ¿Estaba a tiempo todavía de llegar al lanzamiento? Severino podía ver desde allí la torre de papel, atada con grandes tensores al suelo, con dos o tres dobleces más de los que ostentaba el día anterior. Movido más por el instinto que por la razón, Severino se apresuró por llegar al antiguo pinar del pueblo.

Los meticulosos trabajadores de la pirámide habían desaparecido, sólo quedaban las máquinas multitarea de la Europa del este. Éstas, sujetaban con fuerza cuatro cinturones que cubrían al prodigio de papel, alto como el monte Olimpo. En lugar de trabajar, los vecinos celebraban una fiesta para felicitarse todos por el trabajo terminado. Se habían cubierto con sus trajes más elegantes para la ocasión, todo estaba salpicado de vino y sonrisas. Cuando Severino llegó a la base del rascacielos de papel se dio cuenta de que no era particularmente estable. La torre, muchísimo más alta que ancha, se bamboleaba sinuosamente entre el suelo y las grandes cinchas que sostenían los robots con sumo esfuerzo. Severino sintió que aquel coloso de papel quería desplegarse, librarse de la tensión de sus dobleces; este hecho ya lo había previsto Valiente y era su principal argumento para asegurar que su hombre alcanzaría tal o cual altura.

El cosmonauta que había elegido Villanueva era un chico joven de la localidad que practicaba deportes de riesgo en los alrededores. Había sido equipado con una, nada fiable, escafandra, oxígeno y traje remendado.

Tercer Premio de Relato Héctor de la Fuente Pita “Papirotopía”

Estaba siendo izado por una polea rudimentaria hasta lo alto de la torre que se contoneaba. Cuando llegase, se introduciría en una cápsula térmica que ya estaba arriba y que debía usar por si el impulso lo sacase fuera de la órbita terrestre. Todo esto y mucho más decía el ceremonioso Tomás Valiente a sus vecinos mientras el viajero de la torre de papel se movía como un péndulo mientras lo elevaban, golpeándose contra la torre que iba y venía.

Severino Gracia había llegado hasta allí, con sus vecinos, para presenciar el término de la epopeya de Villanueva del Vallealto. Elevó la vista al cielo, dio unos pasos atrás y se empotró contra una caseta donde un hombre delgado con boina no paraba de cortar jamón serrano.

Todos, como Severino, miraban atentos a los cielos en esos últimos instantes y, por ello, todos vieron aparecer una docena de aviones de papel de diez metros de envergadura con un tripulante cada uno. Surcaban los cielos con silenciosa calma pero con claro objetivo: la torre de papel. El señor Gracia tenía una clara idea de qué era aquello.

Los temerarios pilotos de los delicados aviones de papel habían diseñado un plan para sabotear el lanzamiento, aunque pueda parecer peligroso viajando en un avión de papel. Pretendían incendiar la torre con explosivos caseros.

Tercer Premio de Relato Héctor de la Fuente Pita “Papirotopía”

Cuando la primera bomba incendiaria cayó, lejos de su objetivo, todo el mundo se puso a correr de un lado a otro, buscando a los suyos y llevándolos a cualquier cobijo. Un avión perdió la estabilidad y se precipitó en barrena contra el suelo, todo lo rápido que se precipita un avión de papel.

No era fácil incendiar el coloso de papel, pues estaba tratado con muchos productos y parecía no inmutarse ante el fuego. O quizás es que simplemente era demasiado papel como para quemarlo con la explosión de una cerilla. Un último artefacto incendiario se desvió de la torre, gracias a su bamboleo, y fue a estrellarse contra uno de los artefactos mecánicos ucranianos. El robot se desniveló y soltó la correa protectora de la torre, que debía lanzar al aventurero de Villanueva hacia la conquista del cosmos. Y lo lanzó.

Durante unos instantes todos callaron y atendieron al gigante. La torre se movía con una cadencia menor y se estiraba un poco, despacio. Aquello, como intentó decir Severino muchas veces, no era ningún muelle y no llevaría a nadie a ninguna parte. Pero, entonces, el viento que animó los brazos de los gigantes que derribaron a don Quijote volvió a dotar de malicia al ingenio construido que, una vez más, se alzó contra su creador. Y el pliego empezó a desdoblarse, como suspendido en el aire, y se elevó poco a poco, primero, y más rápido después. El fuerte Bóreas se encolerizó y levantó el glorioso pliego de papel que, ya extendido, se alejó de allí velozmente arrastrando a su tripulante y a su escolta aérea. Y volaron lejos,

Tercer Premio de Relato Héctor de la Fuente Pita “Papirotopía”

atravesaron los campos manchegos y siguieron volando para perderse de toda vista, más allá de las columnas de Hércules.

Una vez Severino Gracia expuso los hechos que le motivaban a buscar un trabajo nuevo como suplente en el colegio de “San Lorenzo” de un conocido pueblo madrileño, el director de la escuela rompió su silencio con tono severo y sobrio:

- ¿Está usted diciendo que, si doblásemos un pliego de papel 43 veces, “saltaríamos” sobre el suelo lunar?

A Severino Gracia nunca le gustó cómo sonaba aquello.

FIN

jóvenes
a r t i s t a s
poesía
relato
CASTILLA-LA MANCHA 06

arte en bruto